

Nuevos retos para la antropología filosófica. Los estudios culturales y la cultura de masas

Carlos Montes Pérez. I.E.S. "Virgen de la Encina". León

"Los seres humanos no son autómatas que actúen simplemente con arreglo a las instrucciones de sus genes. Tienen mente y libre arbitrio. Pueden percibir y reflexionar sobre las consecuencias de sus acciones. Este nivel superior de la actividad mental humana crea la cultura. El principal hábitat de la mente humana es la misma cultura que él crea".

Alexander Pope

"Estudios culturales" es una expresión que describe una forma muy particular y un tanto heterodoxa de entender y de estudiar la cultura. Los resultados de este modo de percibir la realidad cultural son fruto de una relación interdisciplinar que agrupa a distintas ciencias como la sociología, la antropología, la filosofía y en última instancia también a la historia. A pesar de su rápida difusión y su creciente importancia en el ámbito académico, las dudas siguen poblando los llamados estudios culturales, etiqueta que se usa también para referirnos a la teoría cultural, la teoría de la cultura e incluso a la crítica cultural. "¿Son un campo de estudio nuevo o es sólo una nueva forma de nombrar extraños cruces entre disciplinas como la antropología y la filosofía? ¿Son los estudios culturales una síntesis misteriosa de todas estas disciplinas mencionadas o por el contrario son una reacción contra ellas? ¿Suponen un avance en el conocimiento o son más bien un retroceso?"¹.

Como parece claro la respuesta a estos interrogantes no es sencilla, ni se puede elaborar en unas breves líneas, pero sí al menos es posible esbozar algunas ideas al respecto que inciten a la reflexión y al trabajo posterior. Los llamados *estudios culturales* se remontan temporalmente a finales de los años cincuenta y principios de los años sesenta en Inglaterra, y se relacionan con la aparición de una realidad social novedosa que escapaba al análisis de la filosofía, que no era tratado tampoco por la antropología y la sociología carecía de herramientas precisas de análisis. Nos referimos a la aparición de productos culturales como las culturas populares urbanas, la cotidianidad como objeto de estudio y la cultura de masas. En su momento inicial por tanto cabe hablar de un campo de estudio nuevo, pero que carece de una epistemología y metodología propia para su indagación. Con estos elementos nuevos la concepción de "cultura" entendida al modo tradicional se expande, amplía su significado con nuevas acepciones, pero empuja a los sentidos más consolidados al olvido. De tal modo que pierde importancia la idea clásica y muy fecunda de la cultura como formación o "*Bildung*".

¹ Ver R. Del Castillo Santos, *Teoría de la cultura contemporánea*. Madrid: UNED, 2003. p. 10.

Estas nuevas realidades y sus nuevos modelos de análisis son percibidos por algunos investigadores sociales, tanto de la rama de la antropología como de la filosofía, como un interesante reto. Por un lado los antropólogos dejan de lado las sociedades tradicionales y primitivas y, por otro, los filósofos, ante este reto, recogen algunas ideas del pensamiento marxista y las modulan para dar respuesta a estas nuevas realidades.

Estos trabajos que se agrupan bajo el nombre de estudios culturales tomaron, en un principio, como base teórica de su análisis el pensamiento de Marx pero buscaron una forma de romper el determinismo económico y material tan férreo del maestro. Para ello interpretaron la cultura de forma autónoma y la dotaron de relevancia a la hora de explicar tanto el comportamiento individual como el comportamiento colectivo. Este marxismo llamado reformista o crítico con la ortodoxia del pensador alemán ejerció una enorme influencia en algunos intelectuales ingleses que intentaron cargar a la cultura con una nueva función social que generaría a su vez un marco de referencia novedoso para la interpretación de la acción humana. De modo que se puede decir que los estudios culturales están influidos por el marxismo crítico continental que aporta en relación a la teoría marxista ortodoxa dos novedades sobre la consideración de la cultura.

La primera de ellas es afirmar la autonomía relativa de la cultura, pero autonomía al fin y al cabo, frente a la economía o las condiciones materiales de vida. Y la segunda es la consideración de la influencia de algunos instrumentos ideológicos que son entendidos como construcciones culturales sobre la acción real o cotidiana. Los más destacados de este ámbito son la familia, la ley, la educación y así, algunos otros.² Pero, a pesar de este sustrato marxista, los pioneros de los estudios culturales como Willians, Thompson y Hoggart se interesaron también de forma especial por las estructuras y los sistemas que dan sentido a la acción social, en concreto, a la acción diaria y rutinaria. Por tal motivo entienden la cultura como el armazón que sustenta la vida cotidiana. No aparece tanto en los grandes momentos liminares o rituales, como en otros antropólogos ya clásicos como Victor Turner o Mary Douglas, sino que tiene influencia en los pequeños y rutinarios momentos. De todos modos queda referida como el conjunto de todas las pequeñas cosas que hacemos y que forman parte del sentido general de nuestra existencia, a pesar de que sobre ellas no nos estamos preguntando constantemente acerca de su significado. De tal modo que su campo de estudio y de investigación se nutre de la cotidianidad, les interesa reflejar lo que vestimos, lo que escuchamos y miramos, las relaciones interpersonales diarias, lo que cocinamos o compramos, así como otros muchos datos que habían pasado desapercibidos para los investigadores anteriores. Lo hacen usando métodos interdisciplinares con múltiples principios y con variados discursos que proceden del campo de la literatura y la crítica literaria en algunos casos, de la antropología clásica, de la filosofía y de la sociología de la subcultura en otros.

Como ha ocurrido con otros movimientos similares, los pioneros tenían una idea clara y precisa de su propósito, y a medida que van apareciendo generaciones nuevas el

² Sobre la estrecha relación que existe entre la formación de los estudios culturales y el marxismo crítico, así como también sobre la importancia que tiene el estructuralismo en esta nueva interpretación de la cultura resulta sumamente interesante e ilustrativo el reciente estudio siguiente: J. Picó, *Los años dorados de la sociología. De 1945 a 1975*. Madrid: Alianza Editorial, 2003. pp. 362-8.

movimiento se vuelve más ecléctico y las finalidades y objetivos primeros se difuminan³.

Estos estudios reclaman para sí el concepto de cultura como descripción de una realidad que forma su objeto de estudio. La apropiación y el uso particular y sesgado del concepto de cultura es práctica habitual en casi todas las ciencias sociales, pero en este caso no cuentan con el apoyo fundamental de una tradición que haya debatido a lo largo de más de dos siglos para la construcción de un marco teórico de prácticas y métodos de análisis que ofrezcan resultados que se acerquen más a la verdad. Los estudios culturales crecen al amparo y cobijo de la posmodernidad social y antropológica, y lejos de ser el punto de partida de una disciplina rigurosa, son más bien, la expresión final de una clausura, o el último de los movimientos intelectuales en la sucesión de las modas⁴. Dada la enorme heterogeneidad de sus estudios y la gran cantidad de autores que se autointroducen en el movimiento es complicado partir de alguna definición clara que nos ayude a valorar su contribución a la ciencia de la cultura. Por tanto, seguiremos en este caso la que nos parece más práctica operativamente hablando ya que los define del siguiente modo:

“Los estudios culturales son el nombre que ha decantado, plasmado en ensayos la actividad interpretativa y crítica de los intelectuales. Los estudios culturales se han estandarizado como una alternativa a las disciplinas académicas de la sociología, antropología, las ciencias de la comunicación y la crítica literaria en el marco de la condición posmoderna. El ámbito preferencial de estos estudios es la cultura popular inglesa”⁵. Con esta definición tan general, tan ambigua y tan abierta, no nos queda más remedio que precisar, aún a riesgo de no ser demasiado fiel al pensamiento de este movimiento. Cabe hablar de dos modalidades de estudios culturales que presentan una trayectoria divergente y que, por lo tanto, han de estar sometidos a valoraciones y consideraciones diferentes. Por un lado se encuentran los fundadores de la disciplina, a los que en estos momentos todo el mundo refiere y cita y que presentaron en su momento un corpus canónico que ha despertado en algunos foros el interés de la sociología y la antropología. Esta rama inicial está formada por los trabajos de Willians, Thompson, Hoggart y Hall, si bien este último es el que sirve de enlace con las ramas que se irán desgajando del tronco común. Estos cuatro autores reflexionaron sobre la noción de cultura, y sobre su utilidad explicativa de forma novedosa como más detalladamente analizaremos, si bien, su aplicación es demasiado local. Toda la producción que parte de aquí varía en relación a los temas, y los métodos. De tal modo que algunos historiadores del movimiento distinguen, después del periodo inicial considerado de humanismo literario, la fase de una sociología dialéctica, para pasar más tarde a la fase más pronunciada en el tiempo y la más fecunda conocida como culturalista para culminar en la fase más actual y posmoderna de la disciplina⁶.

³ Ver B. Adam (comp), *Theorizing Culture. An Interdisciplinary Critique after Postmodernism*. New York: New York University Press, 1995.

⁴ “Hace treinta y cinco años el catalizador del nerviosismo en las humanidades fue el estructuralismo, quince años atrás la semiótica y el postestructuralismo; diez años atrás, el posmodernismo; cinco años atrás, la deconstrucción; el año pasado, la corrección política; este año son los estudios culturales” (C. Reynoso, *Apogeo y decadencia de los estudios culturales. Una visión antropológica*. Barcelona: Gedisa, 2000. p. 11.

⁵ C. Reynoso, *Apogeo y decadencia de los estudios culturales*. p. 19.

⁶ Ver L. Grossberg, *Bringing in All Back Home. Essays in Cultural Studies*. Londres: Duke University Press, 1997. pp. 206-7.

Para el objetivo de este trabajo nos interesa resaltar y comentar el trabajo de los pioneros de la disciplina. El mérito de Hoggart estriba, desde nuestro punto de vista, en la combinación de una metodología de análisis que proviene de la crítica literaria y su aplicación a elementos de cultura popular en un intento de entender de un modo más comprensivo la acción humana. Pretende demostrar que la cultura es una tupida red de significados que se proyectan más allá del ámbito público, para introducirse en la acción privada e individual. El comportamiento voluntario estaría de este modo condicionado en alguna medida por la cultura popular que el individuo soporta. La dificultad en este caso está en conocer qué grado de condicionamiento presenta la acción individual, o bien si tal vez está también siendo influida por otros factores, aspectos estos imposibles de precisar.

De este periodo inicial destaca también Willians, el cual se centra, sobre todo, en la investigación y aplicación del concepto de cultura al cambio y al dinamismo producido en las sociedades. Para analizar las repercusiones de este proceso vincula de un modo significativo las manifestaciones simbólicas de los seres humanos y las instituciones o estructuras que las producen, generándose una compleja y tupida red de relaciones entre estructuras y símbolos que denomina "cultura". Por tal motivo, el análisis cultural tiene que centrarse en la clarificación de significados y de valores tanto explícitos como implícitos de la sociedad o grupo social. Insiste el propio Willians que es imposible realizar un análisis social preciso sin contar con la cultura, pero que no se puede perder de vista la evolución o el cambio que los significados que la componen operan en el trascurso del tiempo, de modo que estudiar la cultura supone también en definitiva el estudio del cambio cultural⁷.

Las ideas de Thompson recuperan al sujeto humano como promotor de sus acciones no supeditadas a determinismos de influencia marxista. Y, de nuevo, la cultura es el referente para la acción. De tal modo que entiende la cultura como un conjunto de prácticas ritualizadas, la mayor parte de ellas, y de relaciones que cimientan la vida social no extraordinaria, sino ordinaria, cotidiana, normal. Con tal motivo trata de observar la vida diaria de colectivos que no forman parte de la corriente dominante, sino que se han eclipsado y han pasado sin más a un segundo plano, y los contrasta con aquellos que sí ostentan una posición de privilegio. A través de esa visión desarrolla la idea de que la cultura ha de forjarse en conflicto sometido a una superación positiva del mismo para que pueda ser el pilar básico de la identidad. Después de estos pioneros los temas y metodologías y el uso del término "cultura" para orientar la investigación se diversificaron terriblemente formando un enorme cajón de sastre del cual es difícil extraer algo valioso. Más aún cuando se identificaron a partir de los años ochenta con el fenómeno intelectual conocido como el posmodernismo. A pesar de este carácter borroso de la disciplina en los últimos años, mantiene un enfrentamiento y oposición con la ciencia antropológica sobre el cual consideramos necesario al menos que quede constancia del mismo⁸. Esta disputa se realiza desde la postura o im-

⁷ "Todas nuestras forma de vida, desde la forma de nuestras comunidades hasta la organización y el contenido de la educación, y desde la estructura de la familia hasta el estatus del arte y del ocio, están siendo afectadas profundamente por el progreso y la interacción de la democracia y la industria y la expansión de las comunicaciones. Esta profunda revolución cultural es una gran parte de nuestra experiencia vivida más significativa, y está siendo interpretada de maneras muy diversas en el campo del arte y de las ideas" (J. Picó. *Los años dorados de la sociología*. p. 363.

⁸ La bibliografía especializada sobre los estudios culturales se ha disparado abrumadoramente en los últimos años, y debido a la cantidad es muy difícil seleccionar las obras relevantes que realmente contribuyan al debate sobre la

postura que los estudios culturales han tomado respecto a las disciplinas clásicas. De este modo, en una primera aproximación cabría decir que el surgimiento de estos nuevos estudios se llevó a cabo en un momento de crisis de las ciencias sociales, tanto de la sociología como de la antropología. En el caso de esta última la permanente duda acerca de su identidad está unida de una u otra forma a la variabilidad del concepto de cultura, junto a otros aspectos como son los métodos, objetos de estudio, etc.

A pesar de que algunos antropólogos en los últimos años han derivado a través de su trabajo diario hacia los estudios culturales, y los interpretan como una parte enriquecedora de aquella, existe un conflicto potencial entre ambos modos de conocimiento que afecta sobre todo a dos ámbitos de problemas. El primero atañe obviamente a la noción o concepto de cultura y el segundo a la etnografía. En el uso y en la interpretación se perciben de modo claro las profundas diferencias entre ambos estudios⁹.

Si bien como hemos visto la situación de los estudios culturales en sus orígenes ha sido cambiante y poco definida, en los años ochenta, por diferentes causas asistimos a su consolidación que coincide a nuestro juicio con un acercamiento muy significativo de sus posiciones a la filosofía¹⁰.

Este interés que han despertado en los últimos años se debe sobre todo no a que se puedan considerar un saber nuevo, ni a que su metodología sea específica, sino a que son un síntoma de ciertas carencias o desgastes que se habían producido en los últimos tiempos en las disciplinas académicas. Como han señalado algunos expertos sobre este particular, su aparición se produce como reacción ante una crisis producida básicamente por una creciente profesionalización del pensamiento cada vez más encerrado en sí mismo y sin ofrecer respuestas a una sociedad globalizada y cada vez más cambiante. Cada vez más el discurso de los intelectuales se ha alejado de las preocupaciones de los ciudadanos y la filosofía entendida como respuestas ante los interrogantes fundamentales del ser humano había dejado paso a la analítica, a la epistemología y a la filosofía del lenguaje. De este modo en los departamentos de literatura se leía e interpretaba a los grandes filósofos de la sospecha tratando de encontrar en ellos respuestas que la sociedad demandaba en ese momento. De este modo la crítica literaria comenzó a usar en sus interpretaciones la filosofía convirtiéndose con el tiempo en crítica cultural para momentos de crisis¹¹. Las grandes cuestiones filosóficas como la verdad, la justicia, la muerte, el sentido de la existencia humana habían dejado de ser temas del debate filosófico y por tal razón fueron asumidas por la crítica literaria.

Unido a este aspecto, hay que señalar también un modo diferente de entender la política en las ciencias sociales y humanas. El tradicional de enfrentarse con el proble-

cultura humana. Tan sólo pretendemos dejar constancia de aquello que consideramos que sobresale por encima del resto de los estudios publicados por la finura del análisis, por la originalidad en el planteamiento de algún problema, o simplemente porque vincula la cultura con otras realidades sociales que me eran desconocidas hasta ahora. Ver U. Hannerz, *Conexiones transnacionales. Cultura, gente y lugares*. Valencia: Càtedra, 1996; J. Picó (ed.), *Modernidad y posmodernidad*. Madrid: Alianza, 1998; Z. Bauman, *La cultura como praxis*. Barcelona: Paidós, 2002. [El original es de 1970]; H. Haferkamp, *Social Structure and Culture*. New York: Pluto Press, 1989; T. Eagleton, *La idea de cultura. Una mirada sobre los conflictos culturales*. Barcelona: Paidós, 2001; G. Yudice, *El recurso de la cultura. Usos de la cultura en la era global*. Barcelona: Gedisa, 2002.

⁹ Ver C. Reynoso, *Apogeo y decadencia de los estudios culturales*.

¹⁰ "Los efectos más extraños que produjo la difusión de los estudios culturales se produjo en Estados Unidos donde no fueron ni sociólogos ni historiadores los que abrazaron la nueva moda, sino humanistas o más exactamente gente que habitaba los vagos departamentos de letras donde la filosofía europea había encontrado su guarida durante la guerra fría" en R. Del Castillo, *Teoría de la cultura contemporánea*. p. 13.

¹¹ Ver T. Eagleton, *The Crisis of the Contemporary Culture*.

ma tenía una relación directa con la interpretación de la cultura. Los humanistas de la vieja guardia, como son considerados por los protagonistas de la teoría cultural, distinguían de un modo muy claro la política de la cultura entendida al clásico modo de *Bildung*. Pero las clases explotadas, sometidas a injusticias, los pueblos marginados, los trabajadores oprimidos por el sistema capitalista también tienen sus propias formas culturales y son cultura, que ha de ser estudiada y analizada. De este modo bajo el impulso de las tradicionales políticas de izquierdas la cultura como formación y elevación del espíritu sufre un profundo giro sin retroceso que algunos han considerado definitivo en la reciente historia del pensamiento¹².

A partir de este momento las luchas entre dos modos de entender y de describir la cultura han sido constantes; la crítica liberal más reaccionaria ha intentado minar esta crítica cultural de izquierdas con el multiculturalismo y el pluralismo, rompiendo de este modo la idea ecuménica de Cultura y abriendo con ello nuevos retos al pensamiento de la antropología filosófica. Las luchas de género, los nacionalismos, las nuevas identidades, la omnipoderosa presencia del interés por el cuerpo, el uso del lenguaje como cuestión política, las nuevas formas laborales y las nuevas formas de relación social, la globalización y el mestizaje son elementos nuevos que conforman cada día más la realidad humana y que han de ser analizados desde un punto de vista filosófico.

¿Qué ha pasado con aquella utópica y vieja idea universal de la cultura humana? ¿Qué fue del viejo deseo ilustrado de aunar a todos los hombres bajo un manto cultural que facilite el progreso constante y que fomente el máximo bienestar para todos? Ha sido dilapidada o sumergida en una realidad donde las diferencias y el pluralismo son valores claramente emergentes. ¿Cómo combinar de nuevo cultura y política? ¿Cómo combinar de nuevo valores universales con valores estrictamente locales? ¿Cómo fomentar el consenso desde las diferencias? ¿Cómo dar sentido a las grandes preguntas desde la realidad de unas formas laborales precarias y relaciones sociales tan frágiles? A estos retos debe enfrentarse la antropología y la filosofía en los próximos tiempos y debe de hacerlo en común, para ir integrando en sus programas las demandas de los estudios culturales de modo que su superación sea síntoma de la superación de la crisis.

Carlos Montes Pérez
Avda. del Caribe 7, 4º C
24400. Ponferrada. León
mateomontes@yahoo.es

¹² Ver F. Jameson, *Documentos de cultura, documentos de barbarie*. Madrid: Visor, 1989. También del mismo autor *El giro cultural*. Buenos Aires: Manantial, 1999.